

***El México de Calles:
entre la espada y la pared***

**Entrevista de
Magdalena Mondragón
al Gral. Plutarco Elías Calles**

A principios de mayo de 1940, la periodista Magdalena Mondragón, corresponsal de los periódicos *La Prensa*, *El Porvenir*, *El Mundo*, *El Diario de Yucatán*, *El Informador* y *El Siglo de Torreón*, trató de ponerse en contacto con el general Plutarco Elías Calles, ex-jefe máximo de la revolución, quien se encontraba en el exilio desde abril de 1936, expulsado de México por el presidente Lázaro Cárdenas. Desde los Ángeles, California, Magdalena Mondragón le escribió al general Calles solicitando verlo: “He venido desde México para entrevistarlo. Espero que sea usted tan bondadoso que me reciba, la entrevista la puedo escribir en su mismo domicilio, con el objeto de que usted la apruebe ya que cualquier palabra suya sería escuchada con interés por todo el pueblo de México.”

Calles se negó. Tenía el firme propósito de permanecer callado ante la situación preelectoral de México. Sin embargo, Mondragón insistió recordándole que recién expropiada La Laguna había escrito un libro en que recordaba cariñosamente la protección que había dado a la región y a sus gentes; añadió que era nortea y por lo tanto “terca como una mula”.

Finalmente Calles aceptó recibirla, siempre que la entrevista no tuviera propósitos de publicidad. Así fue, las declaraciones que Calles hizo no se publicaron, sólo autorizó una pequeña notita publicada en *La Prensa* el 6 de junio, titulada “Calles hablará claro cuando haya regresado a su patria”, en la cual se mencionaba que Calles no quería que

se malinterpretara su actitud, anunciando su regreso al país una vez que hubieran pasado las elecciones presidenciales, pues tenía el temor de que se relacionara su presencia con cualquier agitación política que pudiera ocurrir en México.

Martha B. Loyo

Entrevista

C.: “Hitler y su influencia en América son fantasmas creados por los Estados Unidos para disculpar la presencia de fuerzas militares en todas las costas del continente, y la creación de bases áreas.

“Hitler nunca podrá tener gran influencia en el continente indolatino, por razones geográficas que son obvias, pues la misma lejanía de Alemania hará imposible su hegemonía en América; además, tendría que enfrentarse, si tal hiciera, con los ejércitos americanos; por otra parte, se vería en la necesidad de sostener, al mismo tiempo, una lucha enconada con el Japón.

“Lo último es serio, ya que prácticamente ninguna nación en el mundo, actualmente, puede dar precios más bajos que el Japón, que es, por lo mismo, la nación mas conveniente para efectuar comercio en la forma en que lo hacen muchos países ahora: “al trueque”. Japón puede comprar a México, por ejemplo, petróleo y dará mercancía necesaria para nosotros a bajísimo precio por las condiciones especiales en que en el

país del Sol Naciente se explota a los trabajadores. Nadie ignora que Japón, en el campo de la mecánica, de la industria, etcétera, ha logrado hacer verdaderas maravillas; y aunque Alemania puede vender mercancía a México a precios bajos, no son sin embargo tan bajos como los que puede dar el Japón.

“Realísticamente hablando, la nación más inconveniente para comerciar con México son los Estados Unidos, pues su mercancía siempre resultará más cara a nuestro país que la de otras naciones... pero la doctrina Monroe obligará a todos los pueblos de las Américas a sostener su mercado actual con este país.

“En tales condiciones, Alemania no es ni con mucho el peligro que se hace creer; además, aquella nación tiene tantos problemas actualmente en Europa, que es ridículo pensar que pudiera intentar el control de los mercados latinos. Su posición en Europa será de tal índole, que para sostenerse en el mismo plano se verá precisada a gastar enormes sumas de dinero para mantener un poderoso

ejército en constante vigilancia; tendrá necesidad también de dinero para resarcirse de las pérdidas sufridas con motivo de la guerra; y por último, es urgente para Alemania incrementar su agricultura. Con las naciones de que actualmente se ha apoderado Alemania, esta nación cuenta ya, si sabe retenerlas, con los productos que podría ambicionar en América; pero Estados Unidos sabe que en estas condiciones su acción en Europa será restringida, y por ende no le quedan más que las naciones indolatinas, sobre las que se arrojará más que nunca como un buitre hambriento haciéndonos sentir todo el peso de su poderío.”

Calles se queda pensativo un instante. Pasea su vista por el amplio salón de su casa, en San Diego, pero sus ojos no miran los muebles tapizados de blanco; tampoco las paredes, ni el criado que se acerca con el servicio de café. El ex-presidente de México no ha olvidado sus costumbres de norteño puro, y considera que una taza de café es signo hospitalario; para hacerme sentir más esto, él mismo me sirve el humeante y perfumado líquido y después pregunta cuántas al coger con la cucharilla un terrón de azúcar. El minuto de silencio se rompe cuando su voz no muy fuerte, pero sonora y clara, continúa como en un monólogo inquietante, que pone de manifiesto las horas de intranquilidad que Calles ha tenido pensando en estos problemas.

“¿Qué pasará? Estamos en un momento tan especial para México, que puede decirse que nos

encontramos entre la espada y la pared. Pendiente de resolución está si se compra o no más plata a México y pueden lanzarnos los Estados Unidos esta amenaza: ‘O la suspensión de compras de metal blanco, o el asentimiento del gobierno para la implantación de bases militares aéreas en las costas de México.’

“La catástrofe es inminente. ¿Qué pasará a México con la suspensión de compras de plata? Nuestra moneda tiene un valor ficticio y el sistema económico del gobierno actual puede provocar una crisis en un momento dado. No se necesita ser un estadista para predecir en tales condiciones lo que nos espera: la bancarrota. Al suspenderse las compras de plata, la minería sufrirá un colapso de muerte, la agricultura, ya muy afectada, se paralizará y en México tendremos un *crack* tan terrible, que producirá el bambaleo de toda nuestra economía.”

M.: ¿Cómo evitaría el desastre si fuera usted el presidente de México?

C.: “Pero no lo soy, afortunadamente, pues no sé cómo podría hacer que un barco que está prácticamente hundido, pudiera resistir una tempestad —dice sonriendo.

“Claro que no es una tontería pensar que esto significaría el fin de México como nación, pues todos sabemos muy bien que las naciones y los hombres tienen sus oportunidades y a todos les llega su turno en la feria del poder, de la riqueza y de la fama. El desastre que se avecina no podría ser tan espantoso si sólo el actual gobierno hubiera dejado viviente al

sistema monetario por mí implantado, y que es el más sano del mundo.

“En 1929 mi gobierno tuvo una terrible crisis: los precios de los artículos de primera necesidad subían en forma alarmante; la agricultura sufrió un descenso en su producción por razones de incoasteabilidad, etc., etc. Nosotros teníamos establecido el talón oro, pero la moneda circulante no contaba con suficiente respaldo, pues en el Banco de México sólo había un millón setecientos mil pesos en oro. Para enfrentar la situación, lo primero que hicimos, después de largos estudios, fue decidirnos a desconocer el talón de oro. Claro que la economía sufrió, pero el Banco de México pudo hacer frente a la crisis.

“En aquella época, las naciones europeas no querían el talón oro, y Estados Unidos lo estaba nacionalizando. ¿Que hizo México? Nuestro país desconoció el talón oro, pero a cambio le dio facilidades enormes a este metal; una de las principales, fue el libre tránsito del oro a México, de tal modo que la exportación y la importación no tuvieran dificultades. Así fue como debido a la nacionalización del oro en los Estados Unidos algunos capitalistas americanos nos enviaron su precioso metal. Para evitar que nuestro oro saliera, establecimos la compra a los gambusinos, pagándolo de acuerdo con el mercado mundial. De este modo, al Banco de México empezaron a llegar cantidades fabulosas de oro.

“Además, se dieron seguridades al capital y se incrementó la agricultura hasta donde fue posible, tomando en

cuenta las necesidades de los trabajadores, pero siempre pensando también en los hombres que dirigían los negocios agrícolas, íntimamente ligados al progreso o la ruina de las regiones que cultivaban. De este modo, con el talón plata y las compras de oro, cada peso mexicano que estaba en circulación tenía un respaldo exacto de su valor; pudiendo haber establecido, de haber sido conveniente, el precio de cambio sobre el dólar al dos por uno; se dejó a tres sesenta y se mantuvo a este precio sin fluctuación, por convenir así a los intereses exportadores.

Al llegar Cárdenas al poder, tenía en el Banco de México cuarenta y cinco toneladas de oro que respaldaban el valor de la moneda circulante; pero él destruyó todo el sistema monetario y ahora cada peso tiene sólo el valor de su valor intrínseco, es decir, bastante bajo.”

M.: En caso de que Estados Unidos lo quiera, el peso mexicano tendrá el valor de un bilimbique?

C.: “Tendrá su valor real en plata. No sé... pero en México se está especulando en forma desmedida con la economía del país.

“Tome usted por ejemplo la agricultura. Tiene, como la moneda, una posición ficticia, pues al implantarse en los principales campos productores un sistema de cultivo primitivo y comunista se estableció como principio el sostenimiento de estos campos por conducto de los bancos ejidales; es decir, se empleó para ello el dinero de la nación. Todo

esto sin un posible retorno de metal a las arcas del tesoro y sin rendimiento de utilidades, por la sencilla razón de que los que cultivan las tierras no son agricultores; en segundo término, no tienen sus títulos de propiedad y saben que al morir no cuentan con patrimonio agrícola para heredar a sus hijos. De hecho, con el dinero del Banco Ejidal estas gentes “podían vivir” cómodamente por un tiempo sin trabajar mucho; pero al no recibir el Banco ya no utilidades, pero ni siquiera el dinero invertido, resulta que lógicamente se irá terminando la reserva metálica y llegará un momento en que no se puedan refaccionar los campos. Esto está sucediendo ya en la zona agrícola del Yaqui, donde desde hace un mes los ejidatarios no tienen dinero. La consecuencia lógica de esto es que los hombres que no son agricultores, que están en las tierras por casualidad y que no cuentan con fondos ni facilidades para emprender el negocio agrícola por ellos mismos, se verán en la necesidad, *por hambre*, de abandonar las tierras que no son suyas.

“En estas condiciones, con dos de los principales renglones económicos en ruinas —la moneda, la agricultura— la situación de México será de tal manera grave, que el sistema económico total tendrá que cambiar forzosamente y ese cambio vendrá e impondrá por su propio peso.”

M.: ¿Esa misma gravedad hará imposible una revolución?

C.: “Tiene usted razón, las gentes que están en agonía no pueden levantarse

para pelear... pero quién sabe... En fin, ojalá que no haya revuelta. El siguiente presidente de México puede, no obstante, continuar en parte la política de Cárdenas: expropiando negocios extranjeros como se hizo con el petróleo, sin fijarse nuestro pueblo que en este campo sólo tenían el veinte por ciento de la producción, y que el resto pertenecía a las compañías inglesas y holandesas. Con la expropiación de otros negocios extranjeros, cosa que puede hacer con la protección de los Estados Unidos, quedaremos más que nunca en las manos de Norteamérica, sin posibilidad alguna de salvación.

México puede hacer esto y los Estados Unidos lo permitirán para controlar en forma absoluta los mercados del continente. Todo se hará en México a nombre de las doctrinas comunistas o socialistas, pero en realidad con fines imperialistas en los que México menos que nunca encontrará su liberación económica”.

M.: Usted sabe, general, que es muy difícil, para México o para cualquiera de las naciones latinas, seguir otra política que la establecida por los Estados Unidos.

C.: “Cierto, tenemos que admitir eso y no puede ser de otro modo, ya que somos un país débil; pero la actitud actual ya no es la de una simple condescendencia, sino de un franco servilismo. No creo que aun cuando el gobierno de México permita el establecimiento de bases militares de los Estados Unidos en territorio de

nuestro país, so pretexto de una posible invasión nazi, el pueblo, la nación, lo permita. Estoy seguro de que todos los mexicanos se alzarán como si fueran un solo hombre para proteger al continente americano, de acuerdo con las nuevas modalidades que se dice ha asumido la doctrina Monroe, la que —según se expresó en la conferencia Panamericana de Lima, adonde asistieron representantes de todos los pueblos de América— ha perdido su carácter odioso para nuestros países latinos al continentalizarse con un sentido proteccionista.

“Mire, yo creo que toda esa propaganda política que se está haciendo en los Estados Unidos, respecto a que esta nación tiene miedo de un ataque hitleriano, no tiene real fundamento. Mas aún, es difícil siquiera que los Estados Unidos entren a la guerra, sobre la que no tienen más simpatías que sobre la suerte que corra su vieja madre, Inglaterra.

“El peligro esta aquí, en América, y éste es mucho más grave para nosotros que para ninguna otra nación en el continente. El triunfo de Alemania significa desde luego el imperialismo absoluto de los Estados Unidos en América, so pretexto de la defensa de sus intereses.”

M.: En estas condiciones, ¿quién asumirá la presidencia? Se dice que Amaro es el hombre de Hitler, según artículo publicado en la revista *Time* de Nueva York. Se dice... —Calles me interrumpió al contestar mis

insinuaciones con una sonora carcajada incontenible.

C.: “¿Hitler? ¿Desde cuándo Hitler tiene que ver con las elecciones en México?” Parecía dispuesto a expresar muchas cosas, pero luego, tan rápidamente como principió, dijo: “En fin, no quiero hablar de política. Deseo regresar a mi patria y vivir en paz.”

M.: ¿Ya tiene usted todo preparado para su regreso?

C.: “Todo”.

M.: Pero un hombre como usted, general, que ha regido los destinos de nuestro país, que se hizo acreedor al título de “Hombre fuerte de México”, no puede permanecer indiferente.

C.: (Calles se queda pensativo, y dice al fin, con lentitud, tomando de nuevo su café). “Cierto, no puedo permanecer indiferente. Volveré a México cuando hayan pasado las elecciones, para evitar suspicacias, y después sabremos realmente lo que ha quedado; y lo que quede, *de lo que quede* —recalcó—, veremos qué se puede hacer.

“Se acercan días críticos para nosotros. La guerra en Europa tendrá repercusiones para América, repercusiones imperialistas, invasionistas. Tiene usted razón, ningún buen mexicano puede permanecer indiferente: su deber es luchar, aunque sepa que la lucha en bien de la patria es una lucha estéril.”